



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Jaime Ripoll.)



Recordarán ustedes
que en *La Mascota*
fui oracionado...
Y aunque han pasado lustros
no se me nota
que hayan pasado.

SUMARIO

Tanto: De todo un poco, por Luis Taboada.—El beso, por Luis de Ansoarena.—Palique, por Clarín.—Espinar, dos minutos, por Sinesio Delgado.—Traspaso de una pasión, por Juan Pérez Zúñiga.—Amor del, por Ricardo Menasterio.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Jaime Ripoll.—Sobre un yulcán, por Cilla.—Espinar, dos minutos (ocho viñetas), de fotografías directas.—Ejercicios higiénicos (cuatro viñetas), por Cilla.



DE TODO UN POCO

Irún Agosto 20.

Mi querido Sinesio: Continúo embargado por la amistad de los iruneses; quiero decir que no me queda lugar ni espacio para satisfacer mis obligaciones periodísticas. Así que tengo que escribir mis artículos de prisa y corriendo.

Este lo despacho en la estación de Irún, mientras forman el tren

que ha de conducirnos á Biarritz. Vamos á pasar la noche allí, para asistir al concierto del Gran Casino.

Irún ofrece, entre otras ventajas, la de ser punto céntrico para toda clase de excursiones. Hay trenes con mucha frecuencia para San Sebastián y para Francia, y hasta puede uno ir á almorzar á Burdeos y volverse á dormir á Irún.

Con un poco más de dinero y con algo menos de trabajo, haría yo excursiones deliciosas á Pau, á Lourdes, á Tarbes, sin tener que pasar la noche fuera del hogar; pero ya sabe usted que no ando bien de fondos y que ni aun en la época del veraneo se me permite holgar. Yo escribo casi todos los días y se ha dado el caso de tener que componer mis artículos en el coche del ferrocarril, en la mesa de la fonda, en la barca, en el lecho...

El otro día, mientras Ramos Carrión, Toribio Granda, Sánchez Pastor y Fiacro jugaban unas carambolas en el Círculo de Recreo de Irún, yo, en el gabinete de lectura, escribía un artículo para *El Nuevo Mundo*. Ellos entregados al placer; yo sudando tinta y exprimiendo el cráneo para ver de cumplir con el respetable público que me paga.

Mientras la familia toma el baño en Fuenterrabía, yo en la caseta, provisto de lápiz y papel, aprovecho aquellos momentos para escribir mis cosas. Algunos días me levanto á las ocho, porque tengo que almorzar á las once con un amigo, y había usted de verme dándole á la pluma sin levantar cabeza y preguntando á cada momento á la criada:

—¿Qué hora es?

—Las nueve y media.

—¡Demonio! ¡Y á mí sin ocurrírseme nada!... Oye, ¿tienes tú alguna idea?

—No, señor.

—¿Por qué no habías de ser tú como la criada de Molière?

—Es que aquélla no ganaría cinco duros de soldada.

Hay ocasiones en que, por no perder tiempo, yo escribo y mi familia me lava el rostro con una esponja. Á lo mejor estoy haciendo un artículo, y Emilio, mi hijo, á quien usted conoce, me mete en la boca la cuchara llena de sopa. Yo la trago sin darme cuenta de que me nutro; y ha habido veces que he comido, sin saberlo, una de las cosas que más odio en el mundo: guisado de patatas.

Esta vida mía llega á ser insoportable.

* *

En cambio, cuando no tengo que escribir, no puede usted figurarse lo dichoso que soy.

Días pasados estuve en Bayona, siempre con amigos, y hemos disfrutado lo indecible.

¡Qué almuerzo el del *Pomier Fleuret*! ¡Qué viaje tan delicioso el

que hicimos á Biarritz en el tranvía! ¡Qué playa! ¡Qué hoteles! ¡Qué turistas más elegantes y más honitas!... Allí casi todos los que se bañan son marqueses, condes, duques, príncipes... He visto uno de éstos, ruso él, con patillas, que me gustó muchísimo. Lo menos que llevaría en la cartera serían ocho ó nueve mil rublos. Para pagar un bot de cerveza ó una caja de fósforos, sacaba una moneda de oro y no se detenía á recoger la vuelta.

Yo estuve por decirle:

—Príncipe, ¿tiene usted ahí ocho ó diez rublos?—pero no me atreví por el qué dirán, ó el qué dirían, hablando más propiamente.

Y eso que, según me contaron, el sablazo aquí es cosa corriente.

Hay quien se va á Biarritz con ocho ó diez pesetas, y al día siguiente cuenta los lúises por docenas. En cuanto ve un bañista con cara de título nobiliario, ya le está dirigiendo piropos con cualquier pretexto hasta captarse su estimación.

—¿Qué pie más bonito tiene usted! Ese ojo de la derecha ¿es natural? Lo preguntaba porque parece hecho por un artista sublime.

Á fuerza de lisonjas el título se conmueve, y aprovechando estos momentos dice el petardista:

—¿Lleva usted ahí veinte lúises, por una casualidad?

El título saca la cartera y entonces añade el petardista:

—Para que vea usted que no le desairo, tomaré estos cinco lúises más. Son para una obra benéfica. Se trata de socorrer á un sujeto de Madrid que presta sobre alhajas, y se ha vuelto loco por haberle salido falso un napoleón.

* *

En Biarritz, como en todas partes, hay quien vive de la esgrima. Sino fuera así, no estaría viviendo en un buen hotel Adolfo Rechoncho, el escribiente de la clase de segundos de Contribuciones.

Yo no sé cómo se las arregla, pero es el caso que viste bien, juega al *baccarat*, va á los conciertos, toma *grenadine* con agua de Seltz en la *terrasse* del Gran Casino y le está haciendo el amor á una joven de Nuevitas cuyo padre se dice cuñado del presidente de la *república cubana* (1).

Adolfo, que es uno de nuestros primeros «desahogados», figura en Biarritz mucho más que D. Hilarión, el exfabricante de velas de la calle de Cabestreros, el cual fabricante, retirado hoy de los negocios, se dedica á darse pisto y no se quita de la solapa el botón de la cruz de Carlos III. Pues, sin embargo, no consigue lo que Adolfo, por lo cual D. Hilarión le tiene mucha envidia.

—¿Has visto?—dice á su esposa.—¿Has visto á ese títere mano á mano con un conde francés, mientras nosotros no tenemos más amistad que la de la bañera?

Efectivamente, el matrimonio, con todo su dinero, no consigue relacionarse con la aristocracia, y Adolfo, en cambio, anda siempre entre títulos y, lo que es mejor aún, les saca el dinero.

Quien quiera ver cosa buena que haga un viaje á Biarritz.

Conque abur, Sinesio; hasta la vuelta.

Luis Taboada

*

El beso.

Sé que, entre ansiosa y cobarde, al que con su amor te ha preso le diste ayer por la tarde, de puro inocente, un beso. Lo sé, porque en el casino, de aquella victoria ufano, llamé á aquel beso «divino... por creerte muy humana; y animándole en la empresa que tan bien se presentaba, —¡Ya hay otra mujer que besa la loca turba gritaba. Inútil será tu empeño de demostrar que al amante que fué por tu mal el dueño de tus labios un instante, si arranque del alma fúe, no debe el beso engrair... ¡y no lo digas... porque con eso harías reír! Mi afirmación no te asombra, y tén, niña, por seguro que beso que se da á un hombre es para todos impuro, pues se ve en él la usía ciega

de una mujer medio loca que al hombre que ama se entrega con sólo entreabrir la boca. Por eso hoy, quien escuchó la historia con interés dijo á otro, cuando te vió, con malicia:—¡Aquella es! No más... Bastaba con eso... ¿Quién uras, desventurada? ¡La que había dado el beso, es decir, la sentenciada! Nunca de ese sambucito has de librarte quisás, pues cometiste el delito que el mundo castiga más. Ya sé que tú corras nada censurable culpa, mas no absuelve la pasión de la falta de castidad. Dando el beso no pensabas, pues tu amor te lo impedía, que, si tú puro le dabas, impuro él le recibía, y ¡ay del beso en que concentra un alma su frenesí!

y no encuentra otra alma, encuentra
un cuerpo y se queda allí
Falta que no se redime,
pues el mundo, con placer,
ve en el arranque sublime

miserias de la mujer;
y con un ansia infinita,
hincando el diente á su presa,
la devora mientras grita:
—¡Va hoy otra mujer que besa!

Luis de Ancoena

* PALIQUE

Señores: antes de empezar nuestra conferencia de hoy, permítame tratar una cuestión previa: la cuestión de las erratas.

Víctima de ellas, no propiciatoria, pero si *inocorada*, como dijo el otro, cúmplame *protestar muy alto* para rechazar la responsabilidad de ciertos solecismos de que soy en absoluto incapaz por temperamento, educación y firmeza de convicciones.

No me tengo por una Academia, aunque *me tengo* en más que á muchos académicos; pero, en fin, *peso mi epitome*, como diría Blasco ó Ladevese; y creo no pecar de inmodesto reclamando el derecho de que se me suponga, á falta de prueba en contrario, la gramática de la culpa leve ó sea la de un diligente padre de familia.

No me importa dejar á salvo mi honor filológico, por los imbéciles que me echan en cara palabras latinas que yo escribo bien y los cajistas mal (y me las echan en cara después de advertir yo que el cajista se ha equivocado). A los majaderos despechados capaces de estas malicias, yo no hago más que despreciarlos; y les advierto que es inútil que me envíen los periódicos en que ordinariamente me insultan, porque no leo esos papeles, y por milagro, de higos á brevas, me entero de una tontería de ciento que dicen.

Por quien me importa sacudirme la responsabilidad de las erratas es por el público pío (no por el alazán, compuesto de los imbeciles antes aludidos).

Hay errores de *caja* que además pueden llamarse de *cajón*, de ene, porque, escriba como escriba el autor, siempre se repiten.

Hubo tiempo en que era inútil hablar de prejuicios, porque siempre resultaban perjuicios. La teleología se la corrigen á usted y queda siempre en teología.

Y habrá cajista que, al corregir, se diga:
—Este señor es tartamudo para escribir... te... le... o... lo... Le quitaremos lo tartajoso, por caridad.

Hay muchos escritores (académicos entre ellos) que no saben todavía cuándo se dice *deber de* y cuándo sobra el *de*. Y, sin duda, no quieren aprenderlo, pensando en que es inútil, hasta que lo aprendan también los cajistas.

Yo juro que lo escribo siempre bien. Pues... como si no. Unas veces, me hacen decir *debe de* cuando el *de* sobra; y otras veces me lo suprimen, cuando hace falta.

Los clásicos, en general, se conoce que empleaban bien el *deber de* (y en el lenguaje del pueblo se nota lo mismo); pues en los clásicos impresos se encuentra ya la confusión de que me quejo.

Cervantes, es seguro que estaba al cabo de la calle en esta cuestión; pues en el *Quijote* algunas veces, no muchas, falta el *de* cuando se necesita.

A Pereda *debe de* pasarle lo mismo que á Cervantes, de quien es descendiente por línea de clásico; pues en *Peñas arriba* (el precioso libro) se truecan los frenos en el uso de esos verbos y partícula, á cada paso.

Todos los periódicos debieran (sin *de*) publicar la regla, que es bien clara, y que los cajistas no deben (con *de*) haber estudiado. Ellos, los cajistas, que tanto cuida lo tienen de hacerle á uno (y á otro) emplear, *velis nolis*, muchas veces, la ortografía de la Academia, con su *septiembre* rejuvenecido y su *harmonta* y su acento sobre el *ó* final, ¿por qué no aprenden el buen uso del *deber de* que la Academia explica perfectamente?

Por supuesto que *establezco una excepción* en favor (ó en justicia, mejor dicho) de los que componen Madrid Cómico; en el cual, en buen hora lo diga, á pesar de mi mala letra, casi nunca me veo con erratas, gracias á Sinesio y á los buenos cajistas... no diré que gasta, porque no los gasta. De sobra saben esos señores cuándo se dice *deber de* y cuándo no. De modo que, si aquí recuerdo la regla, no es por ellos, sino por propagar entre los del gremio la buena doctrina.

Se escribe siempre el verbo *deber* sin necesidad del *de*, que le estorba, menos cuando se indica duda, cuando se inclina el ánimo á afirmar, pero no á afirmar.

Si yo digo: *Bosch debe de ser inocente* no hablo de la obligación que tiene Bosch, como todos, de no cometer irregularidades; eso se dice así: Bosch debe ser inocente. Cuando digo: *Bosch debe de ser inocente*, doy á entender que en mi opinión es probable que lo sea; pero no lo afirmo. ¡Dios me libre!

Me parece que la cosa no puede estar más clara. Ya saben todos los cajistas del mundo y todos los académicos del Cánovas que Bosch es inocente; digo no, que *debe serlo*; digo tampoco, que *debe de serlo*.

Entre otras cosas que *deberá de*.
Sin contar con los que *debe sin de*.
Á los prestamistas siempre se les *debe sin de*, pero casi siempre con prenda ó hipoteca.

Otro error de caja y de cajón suele ser el uso del *les por los*. ¡Y cuidado que es cosa fea! En todas las imprentas (menos en ésta y otras pocas) es inútil que usted escriba el acusativo de plural *los* sin confundirlo jamás con *los*, que es dativo. Como en singular, según la idea dominante, la regla varía, para lo personal, los cajistas creen que es lo mismo en plural, y *les* y *los* les parecen equivalentes. Así, v. gr., lo mismo que ponen *darles una comida*, que está bien, nos hacen decir: «Tengo cinco duros, pero no quiero darless», que está mal. No es que esté mal el no dar los cinco duros (casi siempre está bien), sino el usar en ese caso (acusativo) *les por los*. Aunque se trate de personas.

Vaya, vaya, dirá Sinesio; parece esto una escuela de párvulos... ¿Y la conferencia que usted anunciaba en estilo de Ateneo en decadencia?

Permítame Sinesio que le diga que en España, si fuéramos modestos, deberíamos contentarnos, por ahora, con hacer licenciados de primeras letras. Veinte veces he hablado ya del ilustre académico que escribía *exuberante*, así, con h, porque *tenia prisa*.

Vulgarizar el *a b c* de toda disciplina es en España el oportunismo más sabio en materia de educación nacional.

Si á Cheste le hubieran atado los dedos con balduque cuando tradujo á Dante, no deberíamos á Italia la indemnización literaria que le debemos.

Y permítame Sinesio otra cosa.
Permítame suspender la anunciada conferencia.

Iba á hablar, sin permiso del Sr. Retana, de lo de Filipinas. Y como no sé á estas horas si á Morayta le han *reducido á prisión* ó le andan buscando, prefiero dejar mis lucubraciones coloniales... y del reino para cuando sepa á punto fijo (ó punto filipino) si estamos seguros.

Porque, á mi ver, Morayta *debe de ser* tan culpable como yo. Y si á él le prenden, ¿por qué no nos han de detener á mí... ó al obispo-arzobispo de Madrid-Alcalá?

Yo, de detener á alguien, opino que *debe ser* (no hay miedo, no; aquí no se equivocan) al Sr. Retana, que es un especialista filipino que ha tomado demasiada carrera.

Si, que detengan á Retana. Y que nos dé una conferencia filipina.

Y ahora yo la mía.
Yo, en sustancia, iba á decir esto: que no debemos mandar al archipiélago tanto archipi...llo

Clarín.

* SOBRE UN VOLCÁN



—Aquel que se te paraba en la esquina á leer una carta tiene pinta de norteamericano. ¿Será un agente de Maximiliano Gómez que ha venido á crear obstáculos al Gobierno? Estoy por samparle en la prevención por primera providencia!

ESPINAR, dos minutos.



I

En las noches negras, cuando el tren rueda por las montañas entre resoplidos de fatiga y crujidos del maderamen, se ven de vez en cuando, como perdidas en las fragosidades de la sierra, unas lucecitas lejanas que revelan la existencia de un pueblo.

Pocos serán los viajeros que no hayan sentido al verlas un irresistible afán de apearse en la primera estación y sumirse en aquella oscuridad misteriosa para acercarse al caserío y asomarse á las ventanas donde brillan las luces, para preguntar á los que las encendieron:

—Pero ¿viven ustedes aquí? ¿Quiénes son ustedes?

Porque la imaginación en semejantes casos hace soñar con gentes extrañas, de otro mundo, que vegetan en la soledad nunca turbada como jabalías entre breñas.

Yo confieso haber sentido muchas veces, al cruzar el Guadarrama, esa curiosidad que infunde lo fantástico y maravilloso cuando surge al paso en plena realidad de la vida.

Y mire usted por dónde, cuando menos podía imaginarlo, he venido á pasar tres días, tres deliciosos días por cierto! en uno de esos pueblecillos encantadores, y he visto de cerca las misteriosas lucecillas y he oído allá lejos la trepidación del tren y el estridente silbido de la locomotora. De modo que si se le ha ocurrido á algún viajero preguntarse:

—¿Quién vivirá allí?

Hubiera podido responderle:

—Pues... yo, que estoy en el Espinar tomando el fresco.

Diré á ustedes por qué ha sido.

Para la preparación de un plan vasto, tremendo para las fuerzas de un hombre solo, y relativamente importante, que con el periódico se relaciona, que me hace pasar unos días de perros y de cuyos detalles informaré á ustedes oportunamente y cuando esté en sazón y punto, necesitaba yo probar mis fuerzas, aprender el manejo de tres máquinas fotográficas, que ojalá se lleven los menegues, porque queman la sangre á un santo, ensayar la puntualidad y el gusto del taller de fotografado y de la imprenta, y hacer una excursión preparatoria para tentarme la ropa en los apuros que pudieran sobrevenir en la campaña grande. Y me fui al Espinar con Cilla.

No hagan ustedes caso de esta especie de simulacro llevado á

cabo en malas condiciones. De propósito he hecho el viaje sin saber palotada de fotografía, y adrede he puesto plazos perentorios á los grabadores, y con toda intención he dicho que se haga la tirada en la imprenta de prisa y corriendo... Hay que ponerse en todo, por si en la futura empresa hubiera que cargar con lo que saliere.

II

Ni con un candil de cuatro mecheros hubiera podido encontrar en todo el orbe conocido lugar más apropiado para el desarrollo de mi idea. Cerca del Espinar veranea mi buen amigo el pintor escenógrafo Amalio Fernández, consumado fotógrafo, maestro en el arte de escoger puntos de vista y para el cual no tienen secretos el hiposulfito y la hidroquinona. (Uso estos nombres de química de laboratorio para que los profanos no sepan con qué se comen y se mesan los cabellos de rabia.) Es, además, el Espinar un pueblecito modelo, donde se conservan puros los tipos y costumbres de la sierra segoviana, y donde los habitantes todos, altos y bajos, ricos y pobres, tratan con tal cariño y tan extrema consideración á los forasteros, que casi se les puede perdonar que suban, para los citados forasteros exclusivamente, los precios de las alpargatas y de los artículos de primera necesidad.



Un serrano.

No es posible que pueblo alguno guarde en sus expansiones mayor orden y compostura. En el teatro, en el baile, en la novillada, no se oye una voz más alta que otra, ni una protesta, ni el menor asomo de pelea ó escándalo. Los buenos aldeanos se divierten pacíficamente sin faltar á nadie ni descomponerse por nada.

A quien se le diga que yo me he plantado, hecho una facha por cierto, con mi instantánea enorme, en mitad de la plaza, momentos antes de la salida del primer novillo, y no sólo no se le ha ocurrido á nadie una cuchufleta, como parecía natural, sino que todos aquellos mozos se han echado á un lado voluntariamente para no perjudicarme el foco, le parecerá un cuento inverosímil. Y no sé yo en cuántos pueblos de España podría permitirme osadía semejante.

III

Está el Espinar asentado en el mismísimo corazón de la sierra, entre empinados montes cuajados de pinos unos y mondos y lirondos otros, gracias á las talas intempestivas y á la falta de repoblación, que acabará por dejarnos calva la Península dentro de algunos siglos; se llega al pueblo después de tres cuartos de hora de

traqueteo en uno de los carricoches de Celestino, que hacen el servicio á la estación, y... en cuanto uno se quita el polvo, si tiene esa fastidiosa costumbre, ya se sabe que ha de ir á parar al consulado.

Llaman allí el consulado á labotica, porque es una especie de obligación de todo el que llega la de presentarse en ella á acreditar su personalidad antes de dar un peso por las tortuosas calles del Espinar. Esta obligación no viene de mandato de la ley, sino de la excesiva amabilidad del boticario, hombre atento y servicial si los hay, que se desvive por acompañar á los forasteros, que los ilustra, que los mimas y que los atiende con una



La presidencia de la novillada atravesando la plaza para dirigirse al PALCO.

bondad que le atrae desde el primer momento todas las simpatías.

En tan espinosa tarea le ayuda poderosamente su heredero, guapo mozo, estudiante de derecho en la corte y que, como su colega el de *El monaguillo*, prefiere cumplir su sagrada misión, naturalmente, cerca de las muchachas...

El alcalde es de los que *dan la castaña*, como aquel de *Zalamea* que vino á presidir la procesión del centenario de Calderón y que tan bravo chasco dió á los periodistas. Cree uno que va á encontrarse con un paleta rudo, de sombrero ancho, calzón corto y capa de paño de Santa María de Nieva, y tropieza con un caballero distinguido, afable, de una ilustración vastísima, vestido á la última, con sombrero *Frégoli*, y que no produciría asombro de ninguna clase si le presentaran diciendo:

—El señor ministro de Gracia y Justicia.



Entrada al atrio de la iglesia.

Es, además de esto, rico como un *nabab*... montañés, y pudo permitirse el lujo de ofrecernos, para que los capearan los mozos en un par de horas, nada menos que veinticuatro novillos relativamente bravos, de su propia cosecha.

Por cierto que la corrida es cosa curiosa:

La plaza, construida de piedra siglos *ha*, con sus burladeros correspondientes, y las ranuras necesarias para introducir tabloncillos en las bocacalles, se acaba de rellenar con carretas, se hace el encierro, termina el rosario, salen de la iglesia el señor alcalde, los sacerdotes, el teniente de la Guardia civil, el juez municipal y algunos concejales y hacen su entrada solemne en el ruedo precedidos por el tamboril y la gaita, para dirigirse á un corredor previamente engalanado con colgaduras rojas y gualdas.

Se suelta un novillo cada dos minutos, le torea los mozos más strevidos con boinas, mantas ó pañuelos y se concretan los más á

huir de él metiéndose en los burladeros ó debajo de las carretas, llenas de chiquillos, mujeres y personas formales. Hay quien se defiende de las acometidas trepando á los balcones de las fachadas que quedan libres, con el único cuidado de poner en alto la cabeza, almacén del pensamiento, y hacer caso omiso de todo lo demás, como si las posesiones fuesen materia vil y despreciable que pudiera abandonarse á los cuernos.

Acabada la corrida, se organiza un baile en rueda, en que el gaitero borda las jotas del *Día de la Africana* y de *La Dolores* con arpeggios de su invención propia, y en el cual las parejas, rindien-

do culto á la moral más escrupulosa, toman la danza en serio y saltan y brincan sin hablar palabra y como cumpliendo el penoso deber de divertirse...

IV

También en el Espinar hay teatro.

En una sala baja del Ayuntamiento se ha levantado un modestísimo tablado, se ha pintado una decoración todavía más modesta y se han colocado unos cuantos bancos para los espectadores.

Allí he visto representar á unos infelices actores, mustios, mal trajeados, con la angustia de una situación dolorosa pintada en los semblantes, la comedia *Del enemigo el consejo*, en la cual no sé si sabrán ustedes que no se habla más que de sacas de dinero y títulos de la deuda, son los personajes banqueros opulentos y capitalistas ennumbrados, y estriba el asunto en el millón que ha de llevar de dote la protagonista. ¡Daba compasión todo aquello! Cuando el galán decía al final del tercer acto: «Tío, va tengo el millón», no era posible que se lo creyera el tío ni ningún alma cándida. Despachaba los billetes, á través de una reja que parecía dar á un calabozo de la cárcel, un joven afeitado, prototipo de los que se pasean por la calle de Sevilla, los recibía en la puerta de entrada un serrano con sus polainas, su vara y su chaqueta al hombro, y servían de apuntadores indistinta y alternativamente los actores y las actrices de la compañía.

Dudo mucho que este papel llegue á sus marcos, pero si así fuere, ¡lléveles este testimonio de admiración y lástima hacia los bohemios desdichados que, por un pedazo de pan, van repartiendo las raspas del arte entre los sencillos aldeanos, apartándoles de la taberna y de la brisca y poniendo, á su manera, el grano de arena en la gran obra de la civilización y de la cultura patrias!

V

Un detalle. En el Espinar, cuando mueren los mozos solteros, los entierran con palma.



Un monaguillo.



Recolector de billetes en el teatro.



La corrida.

Amor fiel.

Al año de casarse parió Andrea un muchacho rollizo, y en recuerdo agradable del bautizo, al cura de la aldea, respetable vicario á quien ama y venera el vecindario, envióle un pichón y una paloma blancos como el armiño, para que aquél los críe ó se los coma á la salud del niño. Con su característica dulzura acogió á la pareja el señor cura, y con piedad cristiana acarició á los pájaros contentos y un nido en un rincón de la *Solana* les preparó al momento, diciéndose: «Aquí juntos, tendrán cría, aumentarán mis santas atenciones, y además algún día podré comer pichones». Y, en efecto, los dos animalitos, tan fieles como blancos y bonitos, con ardiente pasión se idolatraban, á juzgar por lo mucho que arrullaban. Al mirarlos se emboba, lleno de admiración el señor cura, mientras ellos se atracan de algarroba y sacan cada mes una postura. Si su nido abandona la pareja es por tomar el sol sobre una teja saliente en canalón de una ventana, que tiene la *Solana*, y aun allí, cuando van á solearse, no dejan los palomos de arrullarse. Y es natural, el cura, que aunque viejo en cuestiones de amor es casi un niño, dice cuando los ve: «¡Qué hermoso espejo! Esto es fidelidad y esto es cariño. No es posible que mate y que me coma jamás á este pichón y á esta paloma. Que vivan en su hermoso paraíso, y pues que Dios lo quiso, prosigan demostrando en la *Solana* que no es el amor fiel palabra vana.»

Parió otro chico Andrea, como su antecesor, guapo y rollizo, y en pago consiguiente del bautizo le dió otra vez al cura de la aldea otros dos animales, macho y hembra también, pero no iguales, dos palomos con pluma muy oscura, mas del gusto también del señor cura, el cual entre el faldón de la sotana los llevó á otro rincón de su *Solana*, diciéndose: «Tendré más atenciones, se unirán los antiguos á los nuevos y tendré más pichones, pues, como es natural, pondrán más huevos». La reciente pareja se arrullaba lo mismo que la vieja, y los cuatro animales reunidos á *enroscarse* salían á la teja á dejar por el sol sus blandos nidos. Contempló satisfecho el señor cura otra unión tan idéntica y tan pura, y una y otra semana los idilios miró de la *Solana*, donde vió confirmar su santa idea á los dos nuevos pájaros de Andrea. Llegó muy pronto el día que el cascarón soltó la nueva cría, y después que la vió el padre vicario más grave se mostró que de ordinario, pues le puso en un mar de confusiones el complejo color de los pichones. Igualmente de tarde y de mañana vigiló la *Solana*, y viendo á una paloma y á un palomo arrullarse en un nido, salió del palomar entristecido diciéndose: «¡Mañana me los como!» Y para su sotana: «¡Señor, yo me confando: ¿si será el amor fiel palabra vana en el pícaro mundo?»



Punaderas de Pugninos.

Esta costumbre, que algún fundamento ha de tener, habla muy alto en favor de la virtud de los hombres, pero... hace dudar de los atractivos de las damas.

Sinesio Delgado.

TRASPASO DE UNA PASIÓN

(FANTESÍA)

I
Estaba Inés García enamorada de un joven bailarín puro y sencillo, sin que supiese nada de la pasión de Inés el pobrecillo. Un día enfermó Inés del corazón, y el médico don Frutos Macarrón, que hacía grandes curas, muy certero (no vayáis á pensar que aludo al clero), visitó á la infeliz y así la dijo: «Es preciso sacar ese entresijo llamado corazón, con precauciones, y echarle medias suelas y tacones». Dicho y hecho; el doctor, con gran cuidado, la saca el corazón estropeado y lo pone á enfriar en un rincón. Huele el gato la viscera en cuestión y, sin que nadie contenerle pueda, se come el corazón de una sentada. ¡Pobré Inés! ¡Cómo queda! ¡Qué descorazonada!

II
Casualmente aq'í el día, al poco rato, desaparece de la casa el gato.

III
Llega el siguiente día. Un vecino de Inés, don Blas Eguía, auditor reverendo de la Rota, ordena á su criada que le dé de almorzar liebre guisada; y, en efecto, le pone la Carlota liebre cuyo lugar de procedencia no es un monte, es un cargo de conciencia.

Donde iba el corazón de Inés García, allí iba la pasión que ella sentía por el buen bailarín profundamente. Y aquí lo raro está, por consiguiente, de este caso de notas tan extrañas: en cuanto dentro siente el señor auditor lo que lleva la liebre en las entrañas, presa de un hormiguillo abrasador, tras de luchas sin fin, ¡acaba por amar al bailarín!

Juan Pérez Zúñiga.

Ricardo Monasterio

Ejercicios higiénicos.

(LA PESCA)



Echa usted el ojo á una viuda gorda, entradita en años y con algo de *papel anterior* en el cofre;



la llama usted joven, esbelta y candorosa, poniendo los ojos un poquito lánguidos.



la paga usted el tranvía en la primera ocasión que se le presente;



y ya puede usted fumar puro y vestirse de limpio.

CHISMES Y CUENTOS.

D. Juan Valera ha echado su cuarto á espaldas en eso del *teatro libre*. Y entre otras cosas buenas ha dicho la siguiente, que merece esculpirse en mármoles y bronce:

«En nuestro teatro no habría de hacerse jamás la en mi sentir absurda distinción del *género chico* y del *género grande*. Lo bueno no es chico nunca. Hay no pocos sainetes que valen más que multitud de dramas y de tragedias en cinco actos.»

¡Muy bien dicho, D. Juan! Da gusto oír hablar así á las personas serias. ¡Casi estaba por perdonarle á usted lo de los poetas americanos!

Hasta los periódicos sesudos, los que no estaban muy conformes con el proyecto de auxilios á las compañías de ferrocarriles, amainan ahora un poco en vista del aplazamiento de la discusión, y dicen que sí, que hay que pensarlo bien, porque «la ruina de las compañías sería la ruina de la Nación.»

¡Atiza!
¿Por qué? La demostración de semejante absurdo es lo que hubiera yo querido leer en alguna parte.

Porque así, con palabritas huecas, es como se va conveniéndolo á la gente poquito á poco.

Vuelta sobre lo mismo.

Leo:

«Entre personas muy caracterizadas se hablaba esta tarde de la conveniencia de que *cuanto antes* se plantee un debate en el Congreso sobre la cuestión de los ferrocarriles. En este debate intervendría el Sr. Cánovas

del Castillo, haciendo las oportunas declaraciones, intentándose así un arreglo, en cuyo favor sigue insistiendo el jefe del partido liberal.»

A este suelto le faltan unas palabritas.

Donde dice:

«Entre personas muy caracterizadas se hablaba esta tarde...» debe leerse:

«Entre personas muy caracterizadas que cobran sueldos como consejeros de las Compañías de ferrocarriles...»

Y así estaría todo más claro.

En la sección de *Movimiento de buques* de un periódico tropiezo con la siguiente noticia:

«El vapor inglés *Rouland* ha varado en aguas de Bilbao.»

¿Ha varado? ¡Pues me río del movimiento!

Por fin se ha inaugurado la estatua erigida en Vigo al Sr. Elduayen. Algunos periódicos toman á guasa esta imposición de la celebridad á las generaciones futuras, que se van á dar de calabazadas para averiguar quién era el Sr. Elduayen y qué cosas notables hizo el Sr. Elduayen.

Pero esos periódicos no comprenden que lo que debemos hacer los simples mortales es felicitarnos los unos á los otros.

Porque sentado ese precedente... ya todos tenemos derecho á estatua.

De un momento á otro se suspenderán las sesiones de Cortes.

Ahora debía decir el país á sus ilustres representantes:

—Vayan ustedes con Dios y muchas gracias. ¡Han echo ustedes un pan como unas hostias!

Parece que el insigne estadista, actual presidente del Consejo de ministros, ha dicho ante unos cuantos periodistas lo siguiente:

«Varias veces abandoné el poder por pura broma, pero ahora seguiré firme en el puesto de honor.»

Pues hace V. E. mal, D. Antonio; porque ésta es la ocasión de darnos una bromita de esas. ¡Y crea V. E., por estas que son cruce, que nos libramos á alegrar todos muchos!

Aunque no. Porque ¿quien iba á sustituirle en tan elevado puesto? Tendría que ser, por fuerza, el Sr. Sagasta.

Y á Sagasta... ya sabemos que no le tira más presidencia que la del Consejo de ferrocarriles del Norte.

Y se iba á ver el pobre señor en un compromiso.

*

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Un positivista.—El que las composiciones desechadas aquí se publican en otros periódicos no indica nada, si no que hay en el mundo criterios diferentes. Lo de que no se admite absolutamente nada es un error de usted. Rara es la semana en que no se publican trabajos ajenos á la redacción y procedentes de la *Correspondencia particular*, donde de vez en cuando, y acaso con más frecuencia de la necesaria, se pide la firma.

Un Trucha incipiente.—Servir si sirven, pero no para aquí. Porque hemos publicado á estas fechas muchísimas copias del mismo corte.

Un contrabandista.—Pero, hombre, si concedo todo el contrabando posible. Lo que hay es que se necesita cerrar un poco la mano para las cosas bien hechas, pero vulgares, porque, de abrirla, el periódico acabaría por ser anodino completamente. ¿Comprende usted?

Emeja.—Sí, tiene usted condiciones, y si sigue trabajando con fe llegará á hacer algo regular por lo menos. Una advertencia de pasada. El verso «la que fué asamblea de sabios» tiene una sílaba de más, porque la palabra asamblea tiene cuatro y usted la despacha con tres.

Mitridates.—¡Olé por los guasones de Sevilla!

que tienen buen humor y... manzanilla!

El edén del Profeta.—Huyamos de las imitaciones de López Silva. Esas cosas hay que dejárselas á él solo.

Un gracioso.—Son atinadas sus observaciones, pero usted no está en antecedentes. Porque lo gracioso es que el artículo satírico á que me refería era... contra mí mismo.

Poeta novel.—Y tan novel. Como que casi puede decirse que no ha empezado todavía.

Colibrí.—Muy medianas. Aparte los asuntos, que son verdaderamente insignificantes, hay una porción de asonancias, versos duros, etc., etc.

Sr. D. M. M.—Fuerzucitos los epigramas. Y en un romance no se pueden acopsonantar los versos pares, porque no resulta romance ni cosa parecida.

Caheseta.—Pues... se la va usted á romper el mejor día contra un verso propio. Porque los hace usted como las mismísimas piedras.

Sr. D. J. R.—Esta tiene el defecto que hay en el diálogo poca gracia y poca soltura.

El inocente de Valladolid.—¡Cristo con las inocentadas! Parecen pepinillos en vinagre naturalmente.

Uno que le gusta meterse en todo.—Anda, salero, ¿ahora descubre usted eso? Pues lo mismo pasa con casi todos los semanarios, y, sin embargo, crea usted que las suscripciones no nos tienen cuenta. ¡Misterios administrativos que no entiende el demonio!

X. G.—¡Muy bonitos! el último sobre todo. ¿Querrá usted creer que dado que haya usted sido nunca colaborador de este periódico?

Sr. D. A. G.—El primero es una guindilla, y el segundo, el que dedica usted á su amigo, es de todos los almanaques. De modo que así también dedicaba los epigramas Fernando VII.

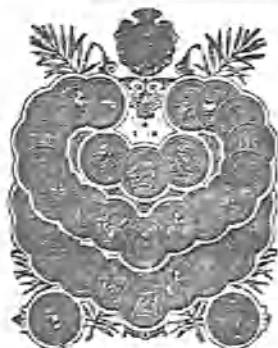
Zaid Nayhor.—Bueno, voy á publicar una de esas pruebas de su cortísima inteligencia, como usted dice:

«¡ELLA

Cada vez que te veo por la calle
niña querida
agitando tu luciente talle
te doy mi vida.
Sin tí no encuentro nunca reposo
¡¡¡oh!!! Robustiana
haciéndote siempre el oso
por la ventana.»

Por cierto que ella va á tener dos sorpresas de un golpe. La de que usted haga versos, y la de saber que tiene el talle *luciente*.

Sr. D. A. D. P.—Puede mandar el sello pidiendo el número y se le remitirá á vuelta de correo. La composición es de puro pipopo particular, es decir, que no tiene interés para el resto del mundo.



COGNACS

Puros de vino garantizados

Elaboraciones y soleras desde 1837

GRAN DESTILERIA VAPOR SISTEMA CHARENTAIS
9 Grandes Medallas de Oro; 37 Medallas y Diplomas.

BARCELÓ Y TORRES
(MÁLAGA)

PROVEEDORES EFECTIVOS DE LA REAL CASA

Pídanse en todos los Ultramarinos, Cafés y Tiendas de España.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPANÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



MARCA

REGISTRADA

JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 3 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambay, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.